

TOMAS TRANSTRÖMER

POEMAS

(encontrados en traslación)

PoesíaParaLlevar

Elegía

Como dragón que caído se encuentra en el punto de inicio
entre neblinas y vahos, tendido en inmensos pantanos,
yace la costa vestida de bosque de pino. A lo lejos,
dos barquichuelas que gritan a un sueño prendido en la bruma.
Este es el mundo inferior; es el mundo que nadie conoce.
La superficie del agua que, inmóvil, refleja del bosque
bellas orquídeas en manos que surgen del manso pantano.
Hay más allá, al otro lado, al final de la senda boscosa,
pero flotando en el mismo espejeo, un esbelto navío
cual una nube que ingrávida cuelga invadiendo el espacio.
Nada se mueve en el agua que yace tranquila e inmóvil,
flota con calma a la espera, en silencio, mas... ¡algo resuena!
Horizontal, la columna de humo se expande ligera
—hay en el sol que flamea un presagio— y el soplo del aire
rudo golpea los rostros de aquellos que abordan su estela.
Hay que ascender a babor aunque allá nos espere la muerte.
Una traidora y súbita ráfaga ondea en las cortinas.
Suena el silencio que atroz se despierta en sonoro rugido.
Una traidora y súbita ráfaga ondea en las cortinas.
Y pareciera que se oye a lo lejos golpear una puerta,
lejos, tan lejos que suena distante, quizá en otro año.

Soledad

Aquí estuve a punto de morir una noche de febrero.
El auto patinó de costado en el suelo resbaladizo fuera
en el lado equivocado del camino. Los autos que venían -
sus lámparas – se acercaron demasiado.

Mi nombre, mis hijas, mi trabajo
se desencajaron y se quedaron en silencio atrás,
cada vez más lejos. Yo era anónimo
como un niño en el patio de recreo rodeado de enemigos.

El tráfico en dirección contraria tenía inmensas luces.
Me alumbraron mientras yo maniobraba y maniobraba
en un temor transparente que flotaba como clara de huevo.
Los segundos aumentaron – tuve lugar allí -
se hicieron tan enormes como edificios de hospital.

Casi uno podía quedarse
y respirar por un tiempo
antes de ser aplastado.

Luego surgió un amparo: un grano de arena salvador
o una ráfaga de viento. El auto partió
y se arrastró rápidamente a través del camino.
Un poste fue chocado y se quebró - un retumbo agudo –
Voló en la oscuridad.
Hasta que se quietó. Me quedé sentado en sosiego
y vi cómo alguien vino a través de la borrasca de nieve
para ver qué fue de mí.

II

He vagado largo tiempo
por los campos congelados de la Gotlandia del Este.

Ningún individuo ha estado a la vista.
En otras partes del mundo
hay algunos que nacen, viven, mueren
en un constante gentío.

Estar siempre visible - vivo
ante un enjambre de ojos -
debe dar una expresión facial determinada.
La cara cubierta de barro.

El murmullo sube y baja
mientras se reparten entre ellos
el cielo, las sombras, los granos de arena.

Necesito estar solo
diez minutos por la mañana
y diez minutos por la tarde.
- Sin programación.

Soledad

I

Aquí estuve a punto de perecer una tarde de febrero.
El coche resbaló de lado en el hielo, avanzó
por la senda contraria. Los coches enfrentados
-sus focos— se acercaron.

Mi nombre, mis bolsillos, mi trabajo
se liberaron y quedaron silenciosos atrás,
cada vez más lejos. Yo era anónimo
como un muchacho en un patio de colegio rodeado de enemigos.

El tráfico contrario tenía luces poderosas.
Me iluminaban mientras yo conducía y conducía
en un terror transparente que fluyó como clara de huevo.
Los segundos crecieron –en ellos se podía encontrar lugar—,
Se hicieron grandes como pabellones de hospital.

Uno podía casi detenerse
y respirar un instante
antes de ser destruido.

Entonces apareció un apoyo: un grano de arena que ayudó
o un maravilloso golpe de viento. El coche se soltó
y reptó rápido a través de la ruta.

Un poste fue golpeado y quebrado –un tono claro—
voló en la oscuridad.

Hasta que llegó la calma. Yo seguía en el asiento
y vi que alguien llegaba entre la nevisca
para ver qué había sido de mí.

II

He andado por ahí largo tiempo
en los helados campos de Östgötland.
No se veía a nadie por ningún lado.

En otras partes del mundo
hay quienes nacen, viven, mueren
en continuo tumulto.

Ser siempre visible –vivir
en un enjambre de ojos—
debe de dar una expresión particular al rostro.
El rostro cubierto de arcilla.

El murmullo sube y baja
mientras ellos se reparten entre sí
el cielo, las sombras, los granos de arena.

Necesito estar solo
diez minutos por la mañana
y diez minutos por la noche.
–Sin programa.

Todos hacen cola hacia todos.

Muchos.

Uno.

En el delta del Nilo

La joven esposa lloró sobre su comida,
en el hotel, después de un día en la ciudad,
donde vio a los enfermos que se arrastraban y yacían
y niños que debían morir fatalmente.

Ella y el marido subieron a su cuarto
donde esparcieron agua para ocultar la roña.
Se fueron a sus camas sin muchas palabras.
Ella cayó en un sueño pesado. Él se quedó despierto.

Fuera, en la oscuridad, pasó un gran ruido.
Murmullos, pasos, gritos, vagones, cantos.
Andaban necesitados. No cesaban nunca.
Y él se durmió enredado en un no.

Llegó un sueño. Él viajaba por mar.
En el agua gris hubo un movimiento
y una voz dijo: "Hay uno que es bueno.
Hay uno que puede verlo todo sin odiar".

Cinco estrofas para Thoreau

Otro más abandonó el pesado
anillo de la ciudad de voraces piedras. Clara como la sal es
el agua que golpea todas las cabezas de
los verdaderos refugiados.

En lento remolino ha subido el silencio
hasta aquí desde el centro del mundo, a enraizarse y crecer
y con frondosa copa sombrear la escalera del hombre, entibiada
por el sol.

Negligentemente, el pie golpea una seta. La nube de tormenta
se agranda junto al borde. Como cuernos de cobre
las sinuosas raíces del árbol dan el tono, y las hojas
se dispersan temerosas.

La huida salvaje del otoño es su liviano manto,
flameando hasta que, otra vez, llegue la manada de días tranquilos
de helada y ceniza y bañen
las garras en la fuente.

Creído por nadie va el que vio un géiser,
huido de aljibe cegado, como Thoreau, y sabe
desaparecer en lo profundo de su verde interior,
astuto y esperanzado.

Siesta

Pentecostés de piedras. Y con lenguas crujientes...
La ciudad ingrávida en el espacio del mediodía.
Sepultura en luz hirviente. El tambor que acalla
los palpitantes puños de la eternidad cautiva.

El águila sube y sube sobre los que duermen.
Un sueño en que la piedra del molino se vuelve como el trueno.
Pasos del caballo con la venda en los ojos.
Los palpitantes puños de la eternidad cautiva.

Los que duermen cuelgan como péndulos en el reloj del tirano.
El águila planea, muerta, en las cascadas que fluyen del sol.
Y resonando en el tiempo -como el ataúd de Lázaro-
el ombligo que late, de la eternidad cautiva.

Izmir a las tres

Justo enfrente, en la calle casi vacía,
dos mendigos: uno sin piernas
es llevado en las espaldas del otro.

Estuvieron allí -como en un camino de medianoche un animal
queda cegado mirando fijamente a los faros del coche-
un instante y siguieron su camino;

se movían como muchachos en un patio de colegio,
rápidos sobre la calle mientras las miríadas de relojes
del calor del mediodía sonaban en el espacio.

El azul pasó resbalando por la rada, brillando.
El negro se agachó y encogió, observando, desde las piedras.
El blanco creció hasta ser tormenta en los ojos.

Cuando las tres de la tarde fueron pisoteadas bajo cascos
y la oscuridad palpitaba en la pared de la luz,
la ciudad se arrastraba a las puertas del mar

y relucía en el prismático del buitre.

Nueve haikús

(Nueve haikús del hospicio de jóvenes Hällby, 1959)

Se juega al fútbol;
confusión, la pelota
va sobre el muro.

*

Ruido se hace
para espantar el tiempo,
para apurarlo.

*

Vidas mal escritas:
la belleza persiste
como un tatuaje.

*

Ladrón cazado:
con los bolsillos llenos
de setas frescas.

*

Ruidos de taller,
torres de pesado andar
al bosque asombran.

*

Se abre la puerta;
en el hospicio estamos,
en nueva era.

*

La luz se enciende:
el aviador ve manchas
de luz irreal.

*

Noche: un camión
pasa, los internados
sueñan temblando.

*

Él bebe leche
y se duerme en su celda,
madre de piedra.

Deshielo a mediodía

El aire matinal repartió sus cartas con sellos incandescentes.
La nieve iluminó y todos los pesares se aliviaron: un kilo pesaba apenas setecientos gramos.

El sol estaba alto sobre el hielo, volando por el lugar, caliente y frío a la vez.
El viento avanzó lentamente como si empujase un cochecillo de niño frente a sí.

Las familias salieron, vieron cielo abierto por primera vez en mucho tiempo.
Estábamos en el primer capítulo de un relato muy intenso.

El resplandor del sol se adhería a todos los gorros de piel, como el polen a los abejorros,
y el resplandor del sol se adhirió al nombre INVIERNO y se quedó allí hasta que el invierno hubo pasado.

Una naturaleza muerta de troncos, en el lago, me puso pensativo.
Les pregunté:
«¿Me acompañan hasta mi niñez?» Respondieron: «Sí».

Desde la espesura se escuchó un murmullo de palabras en un nuevo idioma:
las vocales eran cielo azul y las consonantes eran ramas negras y hablaban
muy lentamente sobre la nieve.

Pero la tienda de saldos, haciendo reverencias con su estruendo de faldas,
hizo que el silencio de la tierra creciese en intensidad.

Un artista en el norte

Yo, Edvard Grieg, me movía como un hombre libre entre hombres,
bromeaba habitualmente, leía los periódicos, viajaba y marchaba.
Yo dirigía la orquesta.

El auditorio con sus lámparas temblaba de triunfo como balsa del ferrocarril
en el momento de atracar.

Me transporté hasta aquí para ser corneado por el silencio.
Mi cabaña de trabajo es pequeña.
El piano de cola está aquí tan apretado como la golondrina
bajo la teja.

En general, los bellos acantilados a pique callan.
No hay ningún pasaje
pero hay una compuerta que a veces se abre
y una peculiar luz que mana directamente del duende.

¡Disminuir!

Y los golpes de martillo en la montaña llegaron
llegaron
llegaron
llegaron una noche de primavera a nuestra habitación
disfrazados de latidos de corazón.

El año anterior a mi muerte, enviaré cuatro salmos para rastrear a Dios.
Pero eso empieza aquí.
Una canción de aquello que está cerca.

Lo que está cerca.

Campos de batalla dentro de nosotros
donde los Huesos de los Muertos
luchan para volverse vivos.

Música lenta

El edificio está cerrado. El sol entra por las ventanas
y calienta la parte superior de los escritorios
que son tan fuertes como para cargar el peso del destino del hombre.
Estamos afuera hoy, junto a la extensa y ancha ladera.
Muchos llevan ropas oscuras. Uno puede estar al sol y cerrar los ojos
y sentir cómo es soplado lentamente hacia adelante.
Rara vez vengo hasta el agua. Pero ahora estoy aquí,
entre grandes piedras con espaldas pacíficas.
Piedras que lentamente han caminado hacia atrás desde las olas.

Algunos minutos

El pequeño abeto del pantano alza su copa: un trapo oscuro.
Pero lo que uno ve no es nada
frente a las raíces, las dilatadas, las que reptan ocultas, el
inmortal o semimortal
sistema de raíces.

Yo tú ella también nos hemos ramificado.
Más allá de lo deseado.
Fuera de Metrópolis.

Del cielo blanco lechoso de verano cae una lluvia.
Siento como si mis cinco sentidos estuviesen acoplados
a otro ser
que se mueve tan empecinadamente
como los corredores vestidos de colores claros en un estadio
sobre el que chorrea la oscuridad.

Examen del suelo

El sol blanco chorrea en el esmog.
La luz gotea, se desliza hacia abajo,

hasta mis ojos inferiores que descansan
profundamente bajo la ciudad y miran hacia arriba,

ven la ciudad desde abajo: calles, cimientos:
parecen fotos aéreas de una ciudad en guerra

aunque, al revés: una foto de espionaje:
cuadrados silenciosos en colores apagados.

Allí se toman las decisiones. Los huesos de los muertos
no se pueden distinguir de los huesos de los vivos.

La luz del sol aumenta de volumen, fluye
en las cabinas de vuelo y en las vainas de las algarrobas.

El barco - El pueblo

Un pesquero portugués, azul, la estela levanta
un poco el Atlántico.

Un punto azul lejano, y sin embargo, yo estoy allí: los seis
que están a bordo no notan que somos siete.

Yo he visto construir un barco como este; yacía como un
gran laúd sin cuerdas
en la quebrada de la pobreza: el pueblo donde uno lava y
lava con rabia, paciencia y duelo.

Negrea de gente la playa. Hubo una reunión que ya
terminó; se llevan los altavoces.

Soldados escoltaron el Mercedes del orador en el tumulto,
las palabras tamborilean en los costados de hojalata.

Después de una larga sequía

Ahora mismo el verano es gris; noches extrañas.
La lluvia se desliza desde el cielo
y en calma aterriza
como si se tratase de sorprender a alguien que duerme.

Los círculos de agua pululan en la superficie de la ensenada
y es la única superficie que hay
-lo otro es altura y profundidad,
ascender y hundirse.

Dos troncos de abeto
emergen y se estiran en largas, huecas señales de tambor.
Lejos están las ciudades y el sol.
El trueno está en la hierba alta.

Es posible llamar a la isla de los espejismos.
Es posible oír esa voz gris.
Para el rayo, el hierro es miel.
Uno puede vivir con su código.

La estación

Ha llegado un tren. Allí está, un vagón tras el otro,
pero no se abren puertas, nadie baja ni sube.
¿Acaso tiene puertas? Allí dentro hormiguean,
de aquí para allá, seres cautivos.
Por las inmovibles ventanas observan.
Y afuera anda un hombre, a lo largo del tren, con una maza.
Golpea las ruedas, resuena débilmente. Salvo aquí:
aquí crece el tono incomprensiblemente: un golpe de trueno,
tañido de campanas de iglesia, tono de la vuelta al mundo
que eleva todo el tren y las mojadas piedras del paraje.
Todo canta. Esto lo recordaréis. ¡Continuad el viaje!

Ojos de satélite

Rugoso es el suelo, no un espejo.
Solo las más ásperas almas
pueden reflejarse allí: la luna
y la Edad de los Hielos.
¡Acércate en la niebla de dragón!
Pesadas nubes, calles hormigueantes.
Una lluvia susurrante de almas.
Pacios de cuartel.

En la Europa profunda

Yo, casco oscuro que flota entre dos puertas de esclusas,
descanso en la cama del hotel, mientras alrededor despierta la ciudad.
La alarma silenciosa y la luz gris penetran
y me suben lentamente hasta el próximo nivel: la mañana.

Horizonte escuchado. Algo quieren decir, los muertos.
Fuman pero no comen, no respiran pero les queda voz.
Voy a apurarme por las calles, como uno de ellos.
La catedral ennegrecida, pesada como una luna, hace flujo y reflujo.

Cae nieve

Los entierros llegan
más y más apretados
como los carteles de autopista
cuando nos acercamos a una ciudad.

Miles de personas miran
hacia el país de las sombras largas.

Un puente es construido
lentamente,
derecho hacia el espacio.

Allegro

Toco Haydn después de un día negro
y siento un sencillo calor en las manos.
Las teclas quieren. Golpean suaves martillos.
El tono es verde, vivaz y calmo.
El tono dice que hay libertad
y que alguien no paga impuesto al César.
Meto las manos en mis bolsillos Haydn
y finjo ser alguien que ve tranquilamente el mundo.
Izo la bandera Haydn -significa.
"No nos rendimos. Pero queremos paz".
La música es una casa de cristal en la ladera donde
/ vuelan las piedras, donde las piedras ruedan.
Y ruedan las piedras y la atraviesan
pero cada ventana queda intacta.

Abril y silencio

La primavera yace desierta.
La zanja, oscura como terciopelo
se arrastra junto a mí
sin espejos.

Tan sólo irradian
las flores amarillas.

Soy llevado en mi sombra
como un violín
en su caja negra.

Lo único que quiero decir
reluce fuera de alcance
como la platería
en la casa de empeños.

El reino de la inseguridad

La jefa de oficina se inclina y traza una cruz
y oscilan sus pendientes como espadas de Damocles.

Así como la frágil mariposa se hace invisible en el suelo
confluye el demonio con el diario abierto.

Un casco que nadie lleva ha tomado el poder.
La tortuga madre huye volando bajo el agua.

Hoja de libro nocturno

Una noche de mayo aterricé
en un frío claro de luna
en que la hierba y las flores eran grises
pero el aroma, verde.

Resbalé cuesta arriba
en la noche daltónica
mientras las piedras blancas
señalaban la luna.

Un espaciotiempo
de algunos minutos
cincuenta y ocho años de ancho.

Y tras de mí
más allá de las aguas relucientes cual plomo
estaba la otra costa
y los poderosos.

Gentes con futuro
en vez de rostro.

Cara a cara

En febrero lo vivo estaba inmóvil.
Los pájaros preferían no volar y el alma
roía en el paisaje como un barco
roza en el muelle al cual está amarrado.

Los árboles nos daban la espalda.
La altura de la nieve se medía con juncos.
Envejecían las huellas de pasos sobre el hielo.
Se derretía el lenguaje bajo un toldo.

Algo llegó hasta la ventana un día.
Se detuvo el trabajo, yo levanté la vista.
Los colores ardían. Todo se dio la vuelta.
El mundo y yo dimos un salto el uno hacia el otro.

De marzo del 79'

Cansado de todos los que llegan con palabras, palabras, pero no lenguaje
parto hacia la isla cubierta de nieve.

Lo salvaje no tiene palabras.

¡Las páginas no escritas se ensanchan en todas direcciones!

Me encuentro con huellas de pezuñas de corzo en la nieve.

Lenguaje, pero no palabras.

Los cuatro temperamentos

Registrando, el ojo transforma los rayos solares en bastones policiales.
Y de noche: la bulla de una fiesta en el piso de abajo
sube como flores irreales a través del suelo.
Salgo a la llanura. Oscuridad. El vagón parece no moverse.
Un anti-pájaro graznaba a la ausencia de estrellas.
Arriba el sol albino, lanzando oscuras marejadas.

*

Un hombre como un árbol erguido con hojas crujientes
y un rayo en guardia vio al sol con hedor de bestia
que buscaba entre alas crepitantes sobre la isla de acantilados
del mundo, avanzando tras banderas de espuma por la noche
y el día, con blancos pájaros lacustres y ruidosos
en cubierta, y todos con pasaje hacia el Caos.

*

Basta con cerrar los ojos para oír claramente
el pequeño domingo de las gaviotas sobre la comarca interminable del mar.
Una guitarra comienza a abotonar el arbusto y la nube avanza
lentamente, como el trineo verde de la primavera tardía
—con la luz amarrada que relincha—
llega resbalando sobre el hielo.

*

Desperté con los tacones de la amiga golpeteando en el sueño
y, afuera, dos montones de nieve, como olvidados guantes del invierno,
mientras octavillas del sol se desplomaban sobre la ciudad.
El camino nunca tiene fin. El horizonte se apura hacia adelante.
Los pájaros sacuden el árbol. El polvo se marea en torno a las ruedas.
¡Todas las rodantes ruedas que contradicen la muerte!

Solsticio de invierno

Mi ropa irradia
un resplandor azul.
Solsticio de invierno.
Tintineantes panderetas de hielo.
Cierro los ojos.
Hay un mundo sordo,
hay una grieta
por la que los muertos
traspasan la frontera.

El cielo a medio hacer

El desaliento interrumpe su curso.
La angustia interrumpe su curso.
El buitre interrumpe su vuelo.
La luz tenaz se derrama,
hasta los fantasmas se toman un trago.
Y nuestros cuadros se hacen visibles,
rojos animales de ateliés de la Edad del Hielo.
Todo comienza a dar vueltas.
Somos cientos los que andamos al sol.
Cada persona es una puerta entreabierto
que lleva a una habitación para todos.
La tierra infinita bajo nosotros.
El agua brilla entre los árboles.
La laguna es una ventana a la tierra.

Siete haikús

Pared de pena...
Palomas van y vienen:
no tienen rostros.

*

Los pensamientos
en calma de mosaicos
en el palacio.

*

De pie en el balcón,
esa jaula de sol:
como un arcoiris.

*

Un soplo duro
atraviesa la casa:
son los demonios.

*

Pinos rajados
en el mismo pantano.
Siempre y siempre.

*

Bosque asombroso:
Dios sin dinero vive.
Claras murallas.

*

Blanca y negra,
terca urraca, en zigzag
va por el campo.

versiones de Roberto Mascaró

Lisboa

En el barrio de Alfama los tranvías cantaban sobre las empinadas cuestas.
Había dos prisiones. Una era para los ladrones.
Ellos saludaban entre ventanas enrejadas.
Gritaban para ser fotografiados.

“Pero aquí”, dijo el conductor partiéndose de la risa,
“aquí es donde meten a los políticos”. Vi la fachada la fachada la fachada
y muy arriba en la ventana vi a un hombre
parado allí con un telescopio mirando hacia el mar.

Había ropa tendida en el aire azul. Las paredes estaban calientes.
Las moscas leían cartas microscópicas.
Seis años después le pregunté a una mujer de Lisboa:
“¿Fue cierto esto, o me lo he soñado?”

Rieles

2am: luz de luna. El tren se ha detenido
en medio del campo. A lo lejos, puntos de luz en un pueblo,
destellando fríamente en el horizonte, donde los ojos no alcanzan.

Como cuando alguien cae tan profundamente dormido
que no se acuerda de haber estado allí
cuando regresa a su cuarto.

Como cuando alguien cae tan profundamente enfermo
que todo lo que eran sus días se convierte en puntos destellantes, un enjambre,
pequeño y frío en el horizonte, donde los ojos no llegan.

El tren aún sigue detenido.
2am: brilla la luna, hay pocas estrellas.

Apuntes de fuego

Durante los meses tristes, centelleó mi vida sólo cuando hice el amor contigo.
Como la luciérnaga se enciende y se apaga, se enciende y se apaga- a medias
puede uno seguir su camino
en la noche oscura del olivar.

Durante los meses tristes, estaba el alma desesperada y sin vida
pero el cuerpo caminó directo hacia ti.

El cielo de la noche rugió.

Sigilosamente ordeñábamos cosmos y sobrevivimos.

Do mayor

Cuando él bajó a la calle tras la cita de amor
Soplaba la nieve en el aire.
El invierno había llegado
Mientras ellos hacían el amor.
La noche brilló blanca.
Él caminó rápido y alegre.
Toda la ciudad inclinada.
Transeúntes sonrientes-
Todos reían bajo sus cuellos alzados.
¡¡Era libre!!
Y todos los signos de interrogación cantaron la existencia de Dios
Eso creía él.
Una música estalló
Y cruzó en la nieve arremolinada
Con largos pasos.
Todo en camino del tono do
Un tembloroso compás dirigido a do.
Una hora sobre las heridas.
¡Era fácil!
Todos reían bajos sus cuellos alzados.

Tormenta

De pronto el viajero halla el viejo
gran roble, como un alce de piedra,
ancha copa en el cenizo fortín del mar de septiembre.

Tormenta del norte. Tiempo de serbas
Maduras. Despierto en la noche oye
Las constelaciones estampadas sobre el roble.

Los recuerdos me miran

Una mañana de junio es muy temprano
Para despertar, mas tarde para dormir de nuevo.

Debo ir a la hierba que está llena
De recuerdos, que me siguen con la mirada.

No se ven, se mezclan plenamente
Con el fondo, camaleones perfectos.
Tan cerca, que los escucho respirar
A pesar que el trino de las aves es estridente.

Arcos romanos

En la grandiosa iglesia romana
se aglomeraron los turistas en la penumbra.
Cúpula abierta tras cúpula y sin panorámica.
Algunas llamas de cirios titilaron.
Un ángel sin semblante me envolvió
Y me susurró a través de todo el cuerpo:
“No te avergüences de ser persona, isé orgulloso!
Dentro de ti se abre cúpula tras cúpula infinitamente
Tú nunca estarás completo, y así es como debe ser.”
Las lágrimas me cegaron
Y fui empujado a la soleada piazzan
Junto a Mr y Mrs Jones,
Herr Tanaka y Signora Sabatini,
Y dentro de todos ellos se abrió cúpula tras cúpula infinitamente.

Madrigal

Heredé un bosque sombrío donde rara vez voy. Mas llegará un día en que los muertos y los vivos cambien de lugar. Entonces, el bosque se pondrá en movimiento. No estamos sin esperanzas. Los crímenes más difíciles continúan sin aclarar a pesar de los esfuerzos de muchos policías. Del mismo modo, hay en nuestra vida un gran amor sin aclarar. Heredé un bosque sombrío pero hoy yo camino en otro bosque, el luminoso. ¡Todas las criaturas que cantan, serpentean, mueven la cola y se arrastran! Es primavera y el aire es muy fuerte. Tengo un diploma de la universidad del olvido y estoy tan vacío como la camisa que cuelga del cordel. .

Nocturno

Por un pueblo conduzco de noche, las casas surgen
Al resplandor de la luz –están despiertos, desean beber.
Casas, galpones, letreros, vehículos abandonados –es ahora
que se visten de vida. La gente duerme:

Algunos duermen en paz, otros con rostros tensos
Como si estuviesen estrenando para la eternidad
No osan soltarse completos a pesar que su sueños son pesados.
Descansan como barreras caídas cuando cruza el misterio.

Afuera del pueblo el camino se alarga entre los árboles del bosque
Y los árboles los árboles en silencio entre ellos
Tienen el color teatral que tiene el brillo del fuego
¡Qué claras son sus hojas! Me persiguen hasta la casa.

Me acuesto a dormir, veo imágenes desconocidas
Y signos suben solos detrás de las pupilas
En la oscuridad de la muralla. En la rendija entre en vela y el sueño
una gran carta intenta colarse en vano.

La luz nos inunda

Las largas bestias de la primavera andan errantes frente a la ventana
y el dragón transparente de los rayos del sol
pasa como un tren suburbano
infinito –del que nadie ha visto la cabeza.

Orgullosas como cangrejos, las casas de playa
se desplazan de lado.
El sol hace titilar a las estatuas.

Un océano de fuego se desata en el espacio
se transmuta en caricia.
Comenzó el descuento.

Fachadas

I

Al final del camino percibo el poder
parece una cebolla
de rostros sobrepuestos
que se desprenden poco a poco...

II

Medianoche. Los teatros se vacían.
Las palabras llamean sobre las fachadas.
El misterio de las cartas sin respuesta
se abisma en ese frío titilar.

Noviembre

El verdugo es peligroso cuando se aburre.
El cielo en llamas se envuelve a sí mismo.

Se escuchan golpes de una celda a otra
y el espacio fluye de la tierra helada.

Ciertas piedras brillan como lunas llenas.

Rúbricas

Debo atravesar
el umbral oscuro.
Una sala.
El documento irradia, blanco.
Muchas sombras se desplazan.
Todas quieren firmarlo.

Hasta que la luz me atrapa
y repliega el tiempo.

5 Haikús

El océano es un muro.
Escucho el grito de las gaviotas –
hacen señas.

*

Viento de Dios en la espalda.
El disparo llega en silencio –
Un sueño demasiado largo.

*

Silencio color ceniza.
El gigante azul pasa cerca.
Fría brisa del mar.

*

Allá estaba yo también –
sobre un muro blanqueado con cal
se juntaban las moscas.

*

Hombres-pájaro.
Los manzanos están en flor.
Gran enigma.

versiones de Conrado Tostado

Inseguridad nacional

La subsecretaria se inclina y traza una equis.
Sus aretes oscilan como espadas de Damocles.
Si la mariposa moteada se hace invisible contra el suelo,
el demonio se funde con el periódico abierto.

Un casco sin nadie ha tomado el poder.
La tortuga madre huye volando bajo el agua.

Allegro

Tras un mal día toco a Haydn
y siento su calidez en las manos.
Las teclas están listas. Dóciles martinetes golpean.
Verde, vehemente y lleno de silencios es el tono.
El tono dice que la libertad existe
y hay alguien que no paga impuestos al César.
Meto las manos en mis haydnbolsillos
Y actúo como un hombre que en medio de todo esto
permanece sereno.

Levanto mi haydnbandera. Quiere decir:
“No capitulamos pero queremos la paz.”
La música es una casa de cristal
que se alza en una ladera.
Las piedras vuelan, las piedras ruedan.
Ruedan las piedras por toda la casa
pero cada ventana sigue intacta.

La pareja

Apagan la luz y su sombra blanca
por un instante brilla trémula antes de disolverse
como una tableta en un vaso de tinieblas.
Y después se levantan.
Los muros del hotel se elevan hasta el cielo negro.

Los movimientos del amor se han asentado y ellos duermen

pero sus más secretos pensamientos se unen como cuando
dos colores se juntan y fluyen uno dentro del otro
sobre el papel húmedo en que un niño ha hecho su pintura.

Todo es sombra y silencio pero esta noche la ciudad se ha reconcentrado.

Con ventanas a oscuras las casas se acercan a sí mismas.
Se yerguen unidas en una muchedumbre que espera,
una multitud sin expresión en sus caras.

Tras una muerte

Hubo una conmoción que dejó atrás una larga, trémula
y brillante cola de cometa.

Nos da asilo. Hace borrosas las imágenes del televisor.
Se asienta en gotas frías sobre los hilos del teléfono.

Aún podemos esquiar bajo el Sol invernal
a través de la maleza donde cuelgan algunas hojas.
Se dirían páginas arrancadas de un viejo directorio
telefónico,

nombres tragados por el frío.

Aún es hermoso escuchar el latido del corazón
pero a menudo la sombra parece más real que el cuerpo.
El samurai se ve insignificante
junto a su armadura de negras escamas de dragón.

Las vías del tren

Dos de la madrugada. Claro de Luna.
El tren se ha detenido en la llanura.
A lo lejos, fríos en el horizonte,
parpadean destellos de una ciudad.
Como cuando alguien penetra tan profundamente en el sueño

que nunca recordará haber estado allí al volver a su cuarto.
O como cuando alguien entra tan hondo en una enfermedad

que sus días se vuelven chispas parpadeantes, un enjambre
débil y frío en el horizonte.

El tren está inmóvil por completo.
Dos de la madrugada: fuerte claro de Luna, pocas estrellas.
Bajo presión
el sonido monótono del cielo azul ensordece como la
vibración de una máquina.

Vivimos aquí en un estremecido lugar de trabajo
donde los abismos del océano pueden abrirse de repente,
las conchas y los teléfonos sisean.
Uno puede ver la belleza sólo rápidamente y al sesgo.
Densas semillas sobre el campo, muchos colores en una corriente parda.
Aquí las sombras sin sosiego se despliegan en mi cabeza.
Quieren entrar en la semilla y convertirse en oro.
Descienden las tinieblas. Me acuesto a medianoche.
La embarcación más pequeña se aparta de la mayor.
Estamos solos en el agua.
El lúgubre casco de la sociedad
flota a la deriva cada vez más lejos.

Dos haikús

Muro doliente:
van y vienen palomas
que carecen de rostro.

*

De este a oeste
veloz como la Luna
fluye la noche.